

“ONG, PERSONAL, ABIERTA”

¡Hola amigos! La noticia de toda la semana ha sido descubrir que, en este país de sol y castañuelas, hay más muertes por suicidio al año que por accidentes de tráfico.

Nos adelantábamos con el blog al comentar aquella nota terrible “Las cosas son así”. Fue algo que surgió espontáneo. No se conocían aún las cifras que acaban de despertar la alarma, 3.421 muertes voluntarias y 3.021 en las carreteras. Curiosamente, alguien se despedía también así: “No os preocupéis. Decid a los demás que las cosas son de esta manera”. Interesantes los comentarios en todos los medios pero qué gran pesar. Yo creo que, en el fondo, lo que falta es amor. En el fondo, la gente está muy sola. La forma de vivir, los problemas, el individualismo que practicamos todos, hacen que los demás no cuenten.

Me fijo en las colas, en las salas de espera, en el metro. La gente parece hermética, desconfiamos instintivamente, huimos hasta de quien se acerca a preguntarnos una dirección... Decía mi tata que mucha gente mira a los demás “como si les deben y nos les pagan”.

Esta sociedad poco acogedora, de sonrisa congelada, crea muertos.

En la torre de 27 plantas, donde vivo, ni un saludo que llevarse a la boca. Miento. Los vecinos de abajo a los que inundé el techo, están por mis huesos. Son una pareja gay, galeristas de arte, que encima me traen tulipanes. Pero es que somos casi un pueblo. Y en el resto del edificio, silencio.

En realidad todos conocemos sólo al “famoso” artificial que nos machaca, los tertulianos adorables o crispadores y al hombre del pan. Pero cuántas riadas de olvidados, desconocidos, incomprensidos, inexistentes. Incluso en nuestro entorno.

Pienso sin querer en una psiquiatra americana que me encanta. Para ella, nuestras actitudes en relación con las personas que nos rodean podrían agruparse así: “movimiento hacia la gente”, “movimiento contra la gente” y “movimiento de alejamiento de la gente”. En resumen, la gente nos encanta, nos da cien patadas o nos tiene sin cuidado. Normal, hasta cierto punto. Pero, pasado ese punto, malo.

La mayoría de los que vivimos en esta difícil civilización, asegura, padecemos los conflictos del mal de nuestra época: sensación de aislamiento, búsqueda de hacerse notar- a través de la belleza, el poder, el dinero- agresividad, frustración, impotencia, miedo. Y, sobre todo, un deseo de afecto que es también la necesidad de sentirse seguro y a gusto entre los demás.

Hay que reconocerlo. Es muy duro salir, violentamente, de un vientre calentito a un mundo desconocido. De cómo funcionen los mecanismos de adaptación del nuevo ser en la familia y en la sociedad, depende todo. Y encima, andamos con prisa.

Se entiende la gran ola de desamor que invade el mundo. No es sólo la noticia diaria de terrorismo y violencia; es que cada uno de nosotros, apenas inicia una conversación, se entera de que un matrimonio se ha roto, una familia anda a la deriva, un niño busca hogar, un anciano se pudre en una residencia. ¡Qué huracán de amor necesitamos para barrer tanto desamor!

Ojo, que no es difícil. Todos somos seres sociales: casa, trabajo, calle, colas, transportes... Cuántas ocasiones de hacer algo alrededor. Basta con que cada uno se programe como una ONG personal, abierta a los demás, y se lance por esos mundos. ¡La que puede organizarse!

Me vino la idea al leer un libro pequeño, firmado por “Un cartujo”. El autor era alguien que procedía del gran silencio. Y decía algo así. “Nadie sabe lo que supone en una comunidad de personas calladas que se encuentran a diario, descubrir un rostro amable, acogedor, tranquilo que inicia una sonrisa”.

Nunca lo he olvidado. ¡Sólo una buena cara, Dios mío! Simplemente eso.

Sé que puede ser difícil y en ocasiones difícilísimo... Pero estremece pensar que si hubieran descubierto a su lado, un rostro así, muchos de los 3.421 suicidas quizás no se habrían quitado la vida.

Un abrazo.

Déborah

